

**N**ATALIA Baranskaja nació al concluir 1908 en San Petersburgo (hoy Leningrado), hija de revolucionarios que poco tiempo disponían para ella, pues alternaban la prisión con el exilio. A los tres años estaba con su padre en Suiza; a los seis se reintegraba a su patria con su madre. Tras la revolución vinieron los años de estudio, su incorporación a la Universidad de Moscú para trabajar en filología, su especialización en letras rusas del XVIII y el XIX, sus años de servicio en los museos literarios, sobre todo el muy famoso de Pushkin, sus libros de investigación. También la guerra, la muerte de su esposo en 1943, la atención de sus dos hijos pequeños, su trabajo.

Recién en 1968, cuando había cumplido sesenta años, se reveló como narradora. Novy Mir, que dirigía entonces Tvardovski, publicó algunos de sus cuentos y en 1969 una novelita titulada "Una semana igual a todas" que produjo cierta sensación. Se habló entonces de que era el equivalente literario de Solzenytsin, quien se había revelado en la misma revista y a quien el famoso crítico Lukacs definió en su último libro, con premura y también con candor, como el mejor exponente del "realismo socialista".

Al fin he podido leer esa novela en la versión francesa que acaba de publicarse (*Une semaine comme une autre et quelques récits*, París, Editions des Femmes, 1976) aunque, confieso, con decepción. Esperaba ese realismo escueto, impasible, duro, ese tenso nervio que hizo lo mejor del primer Solzenytsin (el de *Un día en la vida* de Iván Denisovich y del espléndido relato *La casa de Matriona*) que no debe confundirse con el segundo y tedioso de Agosto 1914 y *Archipiélago Gulag*, dicho al margen del debate ideológico que ha acompañado estos libros y sobre el cual ha tenido palabras equilibradas Hedrick Smith, quien fuera el jefe de la oficina del *New York Times* en Moscú de 1971 a 1974, en su reciente y muy curioso libro *The Russians* (1975).

Se trata de un relato lineal, sencillo, austero, por momentos evocador del behaviorismo occidental, pero sin su fortuna estética, cuyo interés es más documental que artístico. A través de él se ve expuesta con detalle la vida cotidiana de un matrimonio de jóvenes técnicos, padres de dos hijos pequeños, en el Moscú de fines de los sesenta, especialmente la vida de las mujeres soviéticas a través de los distintos tipos que trabajan en un laboratorio, correspondientes a distintas generaciones, a distintas filosofías, a distintos problemas. La autora suspende todo enjuiciamiento; simplemente expone. Si conquista no obstante al lector, es porque descubre problemas de todas las mujeres en las sociedades avanzadas de hoy.

Cuando ambos padres trabajan, tienen hijos pequeños y carecen de ayudas (parientes o servicio doméstico) la semana se transforma en una rueda casi infernal. A las seis de la mañana del lunes la inaugura el despertador: levantar a los niños, vestirlos, preparar el desayuno para todos, llevarlos al colegio, tomar uno, dos autobuses, un metro para llegar al trabajo, frecuentemente tarde (sin contar las faltas a causa de las consabidas enfermedades infantiles, las cuales disminuyen severamente el sueldo), los problemas de la convivencia en el laboratorio, organizarse para que una compañera haga las compras para todas, robar a veces una hora para cortarse el pelo a la moda (un milagro), salir al atardecer, el metro, los buses atiborrados, los paquetes con la comida, preparar la cena para la familia, acostar a los hijos, contemplar al marido que estudia una revista técnica, caer como piedra en el sueño, por seis horas al menos hasta el despertador. Y el fin de semana, a pesar de que dispone de la fortuna de un apartamento personal de treinta y cuatro metros cuadrados, el lavado general, la reparación de la ropa de todos, el paseo obligado para que los niños tomen aire, la contestación a una encuesta que trata de averiguar los motivos de la baja natalidad en las mujeres, por último la gratificación de una hora suplementaria en el diván-cama con su marido. Una semana como todas las semanas del año: la grisura y el sinsentido de la vida; realmente atrapadas y sin salida.

La descripción es suficientemente conocida para que esta rueda infernal no pueda ponerse a la cuenta de un régimen político determinado y en cambio deba leerse como lo propio de la condición de la mujer en las sociedades industrializadas cuando se las reclama como profesionales y técnicas y al mismo tiempo se les exige que continúen atendiendo a las funciones hogareñas y maternales de antaño. Esa trampa sobre la cual se levanta orgullosa la pretendida sociedad liberada de nuestros días.